

## IDENTIDAD Y AUTENTICIDAD: REFLEXIONES EN TORNO A «DONDE EL CORAZÓN TE LLEVE»

Antonio Malo. Ateneo Romano de la Santa Cruz

Si se quiere explicar porqué una novela como *Donde el corazón te lleve*<sup>1</sup> se ha convertido en una *best-seller* en Italia y en otros países europeos, como España, no se puede recurrir a las consabidas estrategias del mercado (campana publicitaria, buena red distribuidora de la editorial, etc.), pues ni la editorial es de las más conocidas ni ha habido ninguna campana publicitaria en el lanzamiento del libro. Parece que la razón del éxito debe, por tanto, atribuirse sólo a la novela.

A juzgar por las críticas, la novela no posee ni cualidades estéticas ni valores literarios dignos de mención. De ahí la sorpresa de los expertos ante el arrollador éxito del libro entre personas de toda condición social y cultural. Tal vez lo que los críticos no hayan tenido en cuenta es algo muy sencillo: una obra literaria es a veces el epifenómeno de una nueva sensibilidad. Me parece que el principal mérito de la novela consiste precisamente en plantear e intentar dar una respuesta al problema de la autenticidad, el cual se presenta como acuciante al hombre de hoy.

Aunque la trama del libro es conocida, vale la pena recordarla, ya que, no obstante su sencillez, manifiesta una concepción actual de la subjetividad de la que tomar pie para unas breves reflexiones.

### 1. Las raíces de la autenticidad

La estructura narrativa corresponde a la de una larga carta, mediante la cual una anciana se dirige a la joven nieta, de viaje por Estados Unidos. A través de la narración, el lector se entera de que las relaciones entre los dos personajes se han ido deteriorando hasta convertirse en hostiles: en parte por la diferencia de edad, en parte también por la intrincada y dolorosa historia humana que las une. El viaje de la nieta no es, pues, fundamentalmente de placer, sino que debe interpretarse como una fuga en busca de la propia identidad, amenazada por la convivencia con la abuela.

En la carta, la anciana, intuyendo la muerte que se avecina, intenta disculparse por los malentendidos surgidos durante los últimos tiempos. Cuenta a la nieta los principales sucesos de una vida en apariencia feliz, pero en realidad llena de fracasos: la infancia, en que aprendió a ser inauténtica a causa de una educación racionalista, dominada por el *parecer* y la falta de espontaneidad; el matrimonio con un hombre aburrido y previsible; la relación conflictiva con la hija, nacida de un amor sincero fuera del matrimonio; la trágica muerte de la hija, de la cual todavía se siente culpable; los recuerdos alegres de la infancia de la nieta hasta el momento de la ruptura. Mediante esta confesión, la abuela además de dar a conocer a la nieta lo mucho que la ama, quiere trasmitirle la lección aprendida tras una existencia fracasada: el único viaje para descubrir la propia identidad no es ir a un país extranjero, sino recorrer los caminos del corazón que conducen al yo originario, escondido en las profundidades del ser.

---

<sup>1</sup> S. Tamaro, *Donde el corazón te lleve*, Seix Barral, Barcelona, 1998.

La novela puede leerse como la parábola del hombre contemporáneo. La prisa, los negocios, el bombardeo de los medios de comunicación, las diversiones huecas..., llevan a perder de vista algo sencillo y a la vez profundo: para poder seguir viviendo es necesario dar un sentido a la propia vida. El hombre actual —parece apuntar Tamaro— no puede apelar al sentido propuesto desde antiguo por las religiones ni al más reciente propugnado por ideologías de distinto signo, pues la fe y los credos ideológicos aparecen ante sus ojos como algo falso y caduco<sup>2</sup>. Debe, por tanto, descubrir el sentido de la vida por sí mismo. Si no lo hace, su existencia se transforma en una especie de flujo anónimo, en donde la persona se ve zarandeada de una parte a otra como una botella de plástico a merced de las aguas de un río.

El ser humano posee, sin embargo, para Tamaro, una luz para buscar y encontrar el sentido de la vida: el anhelo de la alegría que todos hemos experimentado en la infancia, cuando la educación todavía no había transformado lo que somos en algo distinto, es decir, en un ser anónimo que poco a poco se aleja del centro de su yo. El modo de llegar a este yo escondido no es el propugnado por el psicoanálisis que, como otros métodos educativos, supone una imposición externa, tampoco es el del seguimiento de la razón, la cual conduce a imitar modelos de comportamiento y a realizar juicios morales despersonalizados. Sólo el corazón, o sea la espontaneidad afectiva, es el camino inmediato para volver al yo. Pero para escuchar la voz del corazón, además de librarse de lo impersonal, se necesita eliminar dos sentimientos, siempre al acecho: la prisa, contraria al silencio interior, y el miedo a ser uno mismo.

El consejo, dirigido a la nieta, con que termina la novela posee el estilo de una máxima llena de sabiduría: «Y luego, cuando ante ti se abran muchos caminos y no sepas cuál recorrer, no te metas en uno cualquiera al azar: siéntate y aguarda. Respira con la confiada profundidad con que respiraste el día en que viniste al mundo, sin permitir que nada te distraiga: aguarda y aguarda más aún. Quédate quieta, en silencio, y escucha a tu corazón, y cuando te hable levántate y ve donde él te lleve»<sup>3</sup>.

La identidad del yo —concebida como retorno a la espontaneidad de la infancia— y la autenticidad personal son, según la novela, una sola realidad. Tan es así que puede establecerse la siguiente proporción en el ámbito de la existencia: cuanto más espontáneo sea el obrar de una persona tanto mayor será su autenticidad. De ahí la coherencia de la tesis de Tamaro: para ser auténticos basta seguir la voz del corazón. Se sostiene así implícitamente el rechazo de la alteridad, pues sólo a través del despojo de todo lo que procede de la alteridad se alcanza la identidad y, con ella, la autenticidad. Lo que ya no resulta tan coherente es la posibilidad misma de dar consejos sobre el modo de comportarse (ni siquiera uno tan vago como el de escuchar la voz del propio corazón); si se acepta como verdadero, debe reconocerse que el otro puede ayudarnos a ser auténticos, y por consiguiente que la actuación espontánea del yo no equivale a la autenticidad. Ciertamente no debe pedirse a una novela una argumentación de tipo filosófico, le basta con la lógica adecuada a su universo de ficción. Sin embargo, la incoherencia descubierta en el libro de Tamaro propone dos preguntas de alcance antropológico: «¿cuál es la relación, si existe, entre identidad y autenticidad?» y «¿el otro influye de algún modo en la autenticidad personal?»

<sup>2</sup> Esta visión de la religión, sin embargo, ha sido modificada por Tamaro en su último libro, titulado *Anima mundi* (Baldini & Castoldi, Milán, 1997), en donde aparece la apertura a una realidad trascendente, identificable con Dios.

<sup>3</sup> S. Tamaro, *Donde el corazón te lleve*, p. 187.

## 2. La sospecha ante la identidad del sujeto

Tamaro afirma que el yo se descubre en el corazón y no en la razón. Parece así negar la tesis cartesiana de la identidad del sujeto con la razón y, en último análisis, con la conciencia. En cierto sentido puede decirse que la novela, objeto de nuestras reflexiones, es fruto de la sensibilidad postmoderna que rechaza la visión de la modernidad según la cual la esencia humana y la conciencia formarían una unidad inseparable. La existencia personal, con sus éxitos y fracasos, sufrimientos y gozos, no constituiría —para la mentalidad moderna— un problema, por ser un hecho empírico. Se produce así una separación radical entre lo que es importante en el ámbito de la esencia y en el plano existencial. La postmodernidad intenta superar esta escisión, convirtiendo la existencia de la persona en cuestión esencial, alrededor de la cual se constituyen y estructuran los demás problemas antropológicos de rango inferior.

No todos los postmodernos, sin embargo, consideran la persona como problema real. Algunos, como los deconstructivistas por ejemplo, niegan que exista una identidad personal. Para Foucault, uno de los principales exponentes del deconstructivismo francés, ni la razón constituye el núcleo de algo que se llamaría «sujeto» ni tampoco el corazón o la afectividad; afirmar lo contrario equivaldría a sostener la hipótesis de algo unitario en el hombre, lo que es absolutamente falso. Razón y corazón son sólo algunas de las máscaras tras las cuales no hay nada fijo, sino una realidad tan cambiante y fluida como es el puro deseo. El sujeto sería, pues, un *flatus vocis* con el que se intenta dar unidad al alternarse fortuito de una multiplicidad de máscaras.

Según Foucault, la idea de un corazón o de una razón como centro del yo sería una invención del pensamiento moderno. El desarrollo de la filología, la psicología y la biología ha puesto de manifiesto que no existe nada parecido a un yo. Cuando al ser humano se le despoja de las máscaras a través, sobre todo, de la interpretación de los signos según los contextos, se descubre la omnipresencia de un deseo polimorfo y voluble<sup>4</sup>. Freud comenzó la ardua tarea de demolición del yo al concebirlo como una estructura originada por el choque del impulso vital impersonal o *libido* con el principio de realidad. A pesar de abatir el orgullo del yo consciente, Freud no eliminó el yo; es más, lo consideró algo necesario, pues —según él— «en donde hay Ello, debe haber Yo». Nietzsche dio un paso más en la misma dirección, cuando redujo el sujeto a pura voluntad de poder. Así, en lugar de un yo integrado, se descubre una pluralidad dionisiaca de personajes, simbolizados por el niño, caracterizado como «inocencia y juego». Lo que hasta la modernidad era un ser unitario, se fragmenta a partir de Nietzsche en «discontinuidad, placer, apetito, violencia, depredación»<sup>5</sup>, manifestación múltiple de la voluntad de poder del superhombre. Por eso, Foucault sostiene que «la promesa del superhombre significa sobre todo la inminente muerte del hombre»<sup>6</sup>.

Si observamos algunos fenómenos de la vida moderna, parece como si la tesis de Foucault de reducir el sujeto a una serie de máscaras encontrara confirmación. En efecto, mucha gente se comporta como si su vida fuese un calidoscopio de vivencias sin continuidad ni relación entre ellas. Personas, ordenadas y eficaces en trabajos que requieren un autocontrol máximo, se abandonan a diversiones en las que se intenta conscientemente eliminar la

<sup>4</sup> «No hay nada absolutamente primero, porque en el fondo ya todo es interpretación. Cada signo es en sí mismo no la cosa que se ofrece a la interpretación, sino interpretación de otros signos» (M. Foucault, *Nietzsche, Freud y Marx*; Anagrama, Barcelona, 1970, p. 34).

<sup>5</sup> F. Nietzsche, *Más allá del bien y del mal*, ed. de Colli y Montanari, Walter de Gruyter, Berlín, 1967-77, apostilla 20.

<sup>6</sup> M. Foucault, *Les mots et les choses*, Gallimard, París, 1966, pp. 367-8.

conciencia, por ejemplo a través del alcohol y de las drogas, o incluso se aceptan impulsos destructivos hacia los demás y también hacia la propia vida.

¿Es posible en estos casos hablar de un yo, que dé continuidad a ese flujo de vivencias? Para Foucault la respuesta es clara: el intento moderno de integrar la subjetividad origina, desde el punto de vista psíquico, la forma más grave de paranoia, y desde el punto de vista político, el totalitarismo. La autenticidad consistiría en reconocer llanamente que eso que llamamos «identidad personal» es en el mejor de los casos un mito que debe ser abandonado. Lo único que existe es un deseo polimorfo, dirigido exclusivamente por el principio de placer<sup>7</sup>.

Por supuesto, con este planteamiento del yo, hablar de alteridad carece de sentido, pues lo que llamamos «otro» se descompone a su vez en infinitas máscaras relativas al deseo. El otro se convierte así en el objeto de un deseo caprichoso. Ni siquiera —según Deleuze y Guattari— tiene sentido establecer una distinción entre personas, en el sentido freudiano, es decir, entre la persona prohibida (la madre o la hermana) y la persona que prohíbe (el padre o el tío), sino que todo adquiere el carácter de una indiferencia generalizada<sup>8</sup>. Cualquier tipo de comportamiento en que el *otro* sea tratado como algo definido es una manifestación de paranoia. De este modo, las relaciones interpersonales, como la amistad, la convivencia social, la ayuda y preocupación por los demás esconden siempre el deseo de dominio.

Las tesis de que la única realidad es el deseo y la transformación del otro en objeto presentan una indudable coherencia interna, así como los corolarios que pueden deducirse: a) ser auténtico equivale a negar la propia identidad; b) lo auténtico no se busca, no se realiza; sino que es un hecho: el deseo, tras el cual se agazapa la nada; c) el *otro* no puede explicar lo que significa ser auténtico o inauténtico, pues sólo es objeto del deseo.

Si Tamaro, con su incoherencia, planteaba un problema, Foucault con su excesiva coherencia lo elimina de raíz: no hay problema cuando uno se enfrenta con un hecho bruto, que por añadidura es la nada. Me parece, sin embargo, que el problema subsiste: ser auténtico no equivale a levantar el acta de defunción del yo y a degradar ontológicamente al *otro*. Ahora bien, tampoco se puede afirmar —como en cambio sostiene Tamaro— que la autenticidad se identifica con un yo, por así decir, puro, desligado del actuar de los otros. El yo puro, al igual que el deseo puro, no son más que abstracciones, que no tienen en cuenta la importancia del *otro* en la constitución del yo personal.

### 3. Autenticidad y alteridad

La inexistencia de un yo puro ha sido puesta de relieve tanto por los recientes estudios de psicología como por las llamadas «filosofías del diálogo». Los resultados obtenidos, en un nivel teórico-práctico, muestran con claridad que el yo se constituye únicamente a través de las relaciones con los otros, especialmente con los padres en el ámbito de la familia, con los educadores, amigos, etc. El conocimiento de sí mismo y los sentimientos de deber moral, de preocupación por los demás, etc., para desarrollarse necesitan de la ayuda, los consejos y, sobre todo, del amor del otro.

La cultura y sus modos de transmisión en los diversos ámbitos interpersonales no son, pues, algo añadido al yo —como parece indicar Tamaro—, sino que son la *conditio sine qua non* del desarrollo normal del yo. Es verdad que no todas las culturas, así como tampoco todos los modelos educativos, son adecuados para que la persona alcance su autenticidad. Las culturas que estrangulan la libertad o aquellas que la consideran un valor absoluto no ofrecen buenas condicio-

<sup>7</sup> Cfr. M. Foucault, *Saber y verdad*, La Piqueta, Madrid, 1985, p. 33.

<sup>8</sup> Vid. G. Deleuze y F. Guattari, *El Antiedipo. Capitalismo y esquizofrenia*, Barral, Barcelona, 1973.

nes para la autenticidad de la persona, pues destruyen la relación original otro-yo, en la que el yo se constituye y logra expresarse verdaderamente, es decir, con autenticidad. Sólo la cultura que prolonga las relaciones de respeto, comprensión y ayuda entre el yo-otro es el ambiente en donde puede germinar y crecer la autenticidad.

De todas formas, el yo puede alcanzar la autenticidad, en medio incluso de una cultura contraria a la relación original otro-yo, pues siempre es capaz de una apertura a esta relación, por medio de lo que Scheler llamó «simpatía», la cual permite captar la alegría o la tristeza del otro y compartirla. La simpatía nos abre al otro, en cuanto otro, permitiéndonos preocuparnos por su bien, es decir, permitiéndonos amarlo. El amor aparece así no sólo como origen del yo, sino también como respuesta del yo ante la existencia del otro.

Si se relee la novela, descubrimos que el fracaso de la vida de la anciana señora no es debido principalmente a una mala educación, sino a no haber aprendido a amar. Para la protagonista, amar significa algo así como una afinidad afectiva: comprobar, mediante la participación en los mismos gustos, intereses, etc., que existe una resonancia positiva del propio corazón respecto al otro. La sintonía de dos afectividades y el trato que genera constituirían la esencia del amor. El amor sería pues algo pasivo, una espontaneidad que arrastra al yo, y que no le es contraria porque surge de él.

Me parece que esta concepción reduce el amor a la fase del enamoramiento. Amar, sin embargo, es algo más complejo y activo, pues se halla presente en cualquier relación interpersonal: supone ser fuerte para defender la propia libertad ante modelos que supondrían un menoscabo de la propia dignidad, incluso cuando son los padres quienes intentan imponerlos (en este caso no sólo nos amamos en modo justo, sino que amamos al otro, y por eso tratamos de evitar que sea injusto); exige aceptar los defectos del otro, especialmente en las relaciones con parientes, amigos y colegas, lo que no significa que no se ayude a superarlos, pues está en juego la felicidad de esas personas; requiere comprensión para entender el punto de vista del otro, para no condenarlo con juicios de carácter global... En definitiva, el amor necesita de una continua donación de sí mismo.

La autenticidad no puede reducirse a la espontaneidad de los sentimientos y del obrar, pues la fortaleza, la comprensión, la preocupación por el bien del otro no son algo espontáneo: no siempre sentimos ganas de ser justos, delicados, amables, generosos..., pero el otro, con su sola existencia, nos lo pide. ¿Se puede decir entonces que el amor consiste en actividad? Nos parece que la actividad es sólo una de las facetas del amor. Ciertamente la actividad nos hace descubrir que la identidad personal es real (tenemos conciencia de nosotros mismos como sujeto de esos actos) y, además, que ésta no consiste en pura espontaneidad: los actos humanos requieren que la persona se autoposea para poder autodeterminarse a obrar: con sentimiento o sin él, se intenta ayudar a la persona que vemos nos necesita. La otra cara del amor —sin duda la más importante— es la de la recepción de amor: el yo y el propio actuar son reflejo esplendoroso de un amor recibido, en gran medida de forma inconsciente. Por eso, ni la comprensión, fortaleza, confianza, etc. ni las enseñanzas recibidas durante la vida, nacidas del amor, nos alejan de los caminos de la autenticidad; antes bien son creadoras de sus condiciones de posibilidad.

Ser auténtico, en pocas palabras, no depende sólo del yo, sino del yo y del otro: sin donación del otro, el yo no sólo no existiría, sino que, aún existiendo, no podría alcanzar la propia identidad, y consiguientemente no podría ser auténtico, es decir, donarse y ser aceptado por el otro.

\* \* \*

Antonio Malo  
Facultad de Filosofía  
Ateneo Romano della Santa Croce  
Via S. Girolano della Carità, 64  
00186 Roma